

# *La historia contemporánea de Asia Oriental en la bibliografía reciente*

Julia MORENO GARCÍA

*Departamento de Historia Contemporánea  
Universidad Complutense. Madrid*

Uno de los caracteres más destacados de las nuevas tendencias de la investigación histórica en la actualidad, según ha señalado G. Barraclough en su obra *Tendances actuelles de l'Histoire* (París, Flammarion, 1980), es incontestablemente la ampliación del campo de visión del historiador, tanto en el tiempo como en el espacio, con la incorporación de unas nuevas dimensiones de la historia y de los resultados más recientes de la investigación histórica. Esta ampliación ha llegado a ser más necesaria que nunca en razón de las transformaciones aportadas a la situación mundial en la época actual, y en particular desde la aceleración del proceso de descolonización en los años de la posguerra, que da a la historia su perfil auténticamente mundial.

El objetivo hacia el cual tiende la historiografía, bajo la influencia del indicado proceso mundial, es el de una visión de la historia en la que todo pueblo, toda civilización, en cualquier parte del mundo, tiene un lugar igual y merece igual consideración.

En este sentido, uno de los más importante campos de esta ampliación y nuevas dimensiones de la historia actual se encuentra en el nuevo planteamiento que se hace de la *historia de Asia*, hacia la que se ha registrado una renovación del interés estimulado tras los recientes procesos de independencias nacionales. Existen, por un lado, una serie de características comunes que permiten plantear la historia de Asia en su conjunto y, por otro, es obvio que cada país tiene sus peculiaridades y cuestiones históricas propias, atendiendo a todos estos temas las investigaciones actuales.

Por otro lado, y como señala J. Chesneaux, *Asia oriental en los siglos XIX y XX* (Barcelona, Labor, 1969), la historia de Asia, concebida durante mucho tiempo, para las Edades Moderna y Contemporánea,

en función de la de Europa, aparece cada vez más como un fenómeno autónomo y original, que merece estudiarse por sí mismo. Este tránsito de una perspectiva «eurocéntrica» a otra «asiocéntrica» refleja la evolución de los hechos y el peso cada vez mayor, en el mundo actual, de los pueblos asiáticos. Si en cuanto al tiempo delimita Chesneau el valor propio de la historia contemporánea de Asia, aunque siendo planteada en la conciencia viva de un gran pasado histórico y de sus propias tradiciones históricas, en cuanto al espacio geohistórico fija la peculiaridad del Asia tradicional constituida por Asia Oriental y Meridional.

Es en este marco en el que conviene situar algunas de las publicaciones recientes sobre historia contemporánea de Asia —Oriental y Meridional— que al tiempo que enriquecen la abundante bibliografía ya existente, con las renovadas aportaciones, permiten un nuevo planteamiento y conocimiento de su pasado y de su actualidad, y que se comentan en estas Notas.

En el estudio de la historia de las relaciones internacionales marcó un hito historiográfico el célebre libro de Pierre Renouvin, *La question d'Extrême-Orient*, dedicado a los problemas que han planteado los países de Asia Oriental, tanto en el plano regional como en el mundial, entre 1840 y 1940. François Joyaux, profesor en la Universidad de París-III y especialista en relaciones internacionales del mundo asiático, continúa el trabajo anterior y, modificando ligeramente el título, comprende el estudio de esta inmensa y vital región de Asia desde 1945 hasta nuestros días, dedicando este primer volumen a la época de la guerra fría, entre 1945 y 1959, con el título de *La nouvelle question d'Extrême-Orient. L'ère de la guerre froide (1940-1959)* (París, Payot, 1985, 398 págs.).

La obra se inicia con un Prefacio de J.-B. Duroselle en el que, además de una introducción, hace un planteamiento general del tema, señalando los elementos de la «novedad» de la cuestión de Extremo Oriente. Estos elementos son, fundamentalmente, cuatro. En primer lugar, la «cuestión» queda reducida a la lucha de influencia entre Estados Unidos y la URSS en todas las regiones del mundo, y especialmente en ésta. Una segunda novedad es la unidad de China, que se ha convertido en una zona de fuerza y no de debilidad, pasando a ser un sujeto activo de las relaciones internacionales. En tercer lugar, la creación de Estados independientes, reemplazando a los imperios coloniales. Por último, la «opción economista» de Japón, que se ha convertido en la tercera potencia del mundo.

El libro queda estructurado en tres bloques. Uno, preliminar, en el que se analiza la situación en Extremo Oriente al final de la Segunda Guerra Mundial. Un segundo bloque está dedicado a la formación de los bloques entre 1945 y 1949 en la zona. Por último, se reflejan los

enfrentamientos de los bloques entre 1950 y 1959. Una amplia bibliografía al final de cada capítulo, una cronología de las relaciones internacionales en Extremo Oriente (1945-1959) y una serie de textos anexos completan la obra.

La parte preliminar aborda las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial en Extremo Oriente diferenciando el Asia del NE. y el Asia del SE. En la primera zona, el rasgo más notable, en 1945, es el antagonismo latente que opone a Washington y Moscú. Los dos grandes estaban decididos a aprovechar el hundimiento de los equilibrios de entreguerras para imponerse como potencia extremo-oriental. Por su parte, la desaparición de las potencias coloniales europeas y la presión de los diversos nacionalismos es lo que caracteriza al Asia del SE. Exacerbados por la política japonesa, que los fomentó, estos nacionalismos constituían, en 1945, el factor decisivo que iba a transformar radicalmente el equilibrio internacional en Asia del SE.

*La formación de los bloques (1945-1959)* es analizada en la segunda parte del libro, marcando las diferencias entre Asia del NE. y Asia del SE. En Asia del NE., la situación internacional estaba dominada, después de 1945, por la rivalidad soviético-americana y la expansión del comunismo. La ocupación de Japón va a ser aprovechada por Estados Unidos para remodelarlo según sus propios objetivos: consolidar su influencia en Extremo Oriente y poner dique a los progresos de la URSS y después, a partir de 1950, a los de China Popular. En 1950 el régimen comunista chino está firmemente establecido, aunque internacionalmente su posición es frágil. La aparición de la República Popular China creaba una situación radicalmente nueva en esta región del mundo, sobre todo porque la China con la que habría que contar no era ni la que la URSS había deseado al firmar el tratado de alianza chino-soviético de 14 de agosto de 1945 (una China equilibrio entre Moscú y Washington y aceptando la influencia preponderante de la URSS), ni la que Estados Unidos había imaginado al proponer su mediación en 1945-1947 (una China democrática, aliada a Occidente y constituyendo el punto de anclaje de la estrategia americana en Extremo Oriente).

Corea significa, al final de la Segunda Guerra Mundial, el deber de los dos grandes de encontrar un compromiso a sus ambiciones estratégicas y resolver el único caso de descolonización al que se enfrentaron conjuntamente en Extremo Oriente. La tarea, en el contexto de «guerra fría» que pronto iba a dominar en las relaciones internacionales, iba a probarse irrealizable.

En Asia del SE. el problema que está en el centro de las relaciones internacionales es la descolonización. Más allá de los procesos seguidos y de las opciones elegidas se impone un nuevo hecho: los países de Asia del SE., después de haber sido largo tiempo objeto de rivalidad

entre potencias, sin dejar de serlo, iban a convertirse en sujetos activos de la vida internacional. El equilibrio de la zona no iba a resultar solamente de las relaciones entre metrópolis coloniales, sino también de las políticas exteriores de los países descolonizados. Este es un nuevo aspecto de la cuestión de Extremo Oriente.

*Los enfrentamiento de los bloques (1950-1959)* son abordados en la última parte del libro. En Asia del NE. se manifiestan una serie de hechos que son consecuencia del desarrollo de la «guerra fría» en esta zona. En 1950 se firma el tratado de alianza chino-soviético que empieza a deteriorarse a partir de 1954 debido a imperativos económicos diferentes, concepciones divergentes de la «coexistencia pacífica», intereses nacionales difícilmente conciliables y cuestiones bilaterales no resueltas (fronteras). En 1950 estalla el conflicto entre las dos Coreas, que pronto se internacionalizará. Estados Unidos, después de su fracaso en China, hace de Japón el nuevo pivote de su estrategia anticomunista en Extremo Oriente y en el Pacífico. A partir de 1956 se constata la ruptura entre Moscú y Pekín, lo cual era un nuevo dato que, superponiéndose a la «guerra fría», modificaba fundamentalmente el equilibrio extremo-oriental.

En Asia del SE. empiezan a interferirse los problemas de descolonización y de tensión Este-Oeste. Indochina era una de esas zonas donde la lucha por la independencia iba más claramente a duplicarse en un enfrentamiento Este-Oeste. Por su parte, China desea convertirse en potencia regional y romper el cerco en la que la encerraba Estados Unidos, y para ello utilizará dos vías: el apoyo a los partidos y movimientos comunistas locales, lo que tendrá éxito en Vietnam, y la tendencia neutralista de algunos Estados que le permitirá aproximarse en el plano diplomático; esta estrategia le irá muy bien con la India.

Por último, aparece en esta zona el neutralismo, que quedará patentizado en la Conferencia de Bandung (1955). Estos nuevos países ven en el neutralismo el medio de no recaer en nuevas dependencias y escapar a las rivalidades Este-Oeste que no les concernían directamente; la forma de conseguir la ayuda económica necesaria para su desarrollo, al tiempo que intentaban consolidar su unidad nacional aún bastante frágil.

Señalar, finalmente, que entre 1949 y 1959 se producen tres transformaciones en esta zona. La primera es la extraordinaria expansión del comunismo. Consecuencia de la anterior, la notable expansión política y militar de Estados Unidos. La tercera, la amplitud de la ola de descolonización. Si en 1945 sólo hay tres países independientes, en 1959 eran catorce, aunque subsistían algunos restos coloniales. Si la descolonización había diversificado el mapa político de la zona, la «guerra fría» lo había simplificado. A un bloque continental cimenta-

do por el comunismo, hacía frente un Asia Oriental peninsular e insular enteramente organizadas por Estados Unidos. Toda la historia de las relaciones internacionales de Extremo Oriente entre 1949 y 1959 había estado centrada más o menos en el enfrentamiento entre estos dos conjuntos.

En el libro *Breve historia moderna de China, 1840-1919*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1980, 469 páginas, redactado por los profesores de la cátedra de Historia Moderna de China, de la Facultad de Historia de la Universidad de Fudan, Shangai, se resume la historia de China desde, aproximadamente, mediados del siglo XIX, es decir, de 1840, cuando la intervención inglesa desencadena la Primera Guerra del Opio, hasta el movimiento revolucionario del 4 de mayo de 1919. Los autores toman como referencia importantes acontecimientos políticos para analizar la reacción china frente a la agresión occidental.

El primer capítulo del libro es «La guerra del opio», tomándola como el inicio de la historia moderna de China, que se convertirá en país semicolonial y semifeudal debido a la intervención occidental. En este capítulo, en una cita del ex presidente Mao, se resume la historia china de estos años: «La resistencia a la agresión británica en la Guerra del Opio, la guerra contra la agresión de las fuerzas anglo-francesas, la guerra del Reino Celestial Taiping contra la dinastía Ching, lacayo del imperialismo, la guerra contra la agresión francesa, la guerra contra la agresión japonesa y la guerra contra la agresión de las fuerzas aliadas de las ocho potencias: todas terminaron en el fracaso; entonces, estalló la Revolución de 1911 contra la dinastía Ching, lacayo del imperialismo. Esa es la historia moderna de China hasta 1911» (páginas 1-2).

La penetración occidental en la corrupta sociedad china, corrupción representada por la dinastía Ching y la clase de los mandarines, se inicia en el siglo XVIII con la aproximación a sus costas de los barcos ingleses. Las autoridades chinas, para frenar tanto las luchas interiores como la agresión exterior, practican una política de «puerta cerrada», dejando un único puerto abierto al comercio. Inglaterra, con una economía capitalista y con la posesión de la gran colonia de la India, pone sus ojos en China y, viendo que la penetración comercial era difícil, inicia su penetración a través del comercio del opio. La actitud china es contraria a este comercio (decretos imperiales prohibiéndolo), pero los occidentales lo siguen realizando por contrabando y actuando claramente en contra de la prohibición exasperando a las autoridades chinas que, en 1839, confiscan todo el opio del puerto de Kuangchou. La reacción inglesa también es clara: toman el hecho como una agresión y declaran la guerra en 1840. En 1842 se firma el *Tratado de Nankín*, complementado por dos documentos más *Reglamentos generales para el comercio de Inglaterra en cinco puertos*

de China y Tratado de Jumen. El Tratado de Nankín inicia la serie de «Tratados Desiguales» que China sufrirá a manos occidentales y por ellos los países coloniales obtendrán una serie de ventajas tanto comerciales como económicas y políticas, produciéndose un cambio radical en la sociedad china.

Ante la situación de descontento de la población civil, debido principalmente al aumento de impuestos, tanto ante la dinastía manchú como ante la presencia británica, se produce la «Revolución del Reino Celestial Taiping (1843-1853)», capítulo segundo, que tiene como líder principal a Jung Siu-chüan y como objetivo acabar con el régimen feudal mediante una serie de medidas: condena del confucionismo, igualdad de todos, reorganización de organismos militares y administrativos del Reino Celestial Taiping, confiscación de bienes a los terratenientes, etc. Los Taiping se levantaron en armas contra la monarquía, pero su levantamiento fue sofocado.

«La agresión de las fuerzas aliadas anglo-francesas» es el objetivo del tema tercero. Los occidentales piensan que las concesiones obtenidas en la Primera Guerra del Opio no bastaban y por ello, ingleses y franceses, utilizando diversos pretextos, desencadenan en 1856 la Segunda Guerra del Opio, que acaba con los *Tratados de Tientsin* (1858) y *Pekin* (1860), que constituían la ampliación y reforzamiento del *Tratado de Nankín*, ya que se ampliaban las concesiones (legaciones en Pekín, navegación por el Yangtsé, nuevos puertos comerciales, etc.).

En el siguiente capítulo, cuarto, se analizan «El último período del Reino Celestial Taiping», en 1864, debido, entre otras cosas, a contradicciones en el seno del núcleo dirigente de los Taiping, fracasos militares, tendencias conservaduristas de sus dirigentes e intervención militar occidental pedida por la propia dinastía.

«Nueva política: la extranjerización y crisis fronteriza» es el tema de análisis del capítulo quinto, estudiándose en él el cambio que se produce en la década de los sesenta en China, cuando surge un grupo de burócratas y caudillos militares partidarios de la extranjerización, la cual fue el producto de la integración del capitalismo extranjero con el feudalismo chino, con el fin de salvar lo más posible la dominación feudal de la dinastía Ching.

La presencia occidental controla cada vez más no sólo la política, consejeros en Pekín, sino también la economía a través de las aduanas y la instalación de industrias bélicas, principalmente, y de empresas civiles.

Esta «nueva política» es aprovechada por las potencias occidentales para controlar en mayor grado las zonas litorales del SE. y las fronteras del NO., SO. y NE. de China.

A comienzos de los años setenta, el capitalismo mundial pasa de la etapa de libre competencia a la del monopolio y esto influye en China.

Sus dirigentes piensan que lo mejor es aceptar la situación, intentando conseguir los mayores beneficios de la situación, pero esto no sucedió, ya que China, en estas condiciones, vio perjudicada su soberanía y su territorio en diversas zonas: 1) zona litoral e isleña del SE., por la acción japonesa; 2) zona SO., por la penetración inglesa desde Birmania; 3) zona NE., por la acción rusa, y, por último, 4) la más importante, en la década de los ochenta, en la zona SO., con la guerra franco-china, por la cual Francia invade Vietnam y que acaba en 1885 con el «Acuerdo de Armisticio» confirmando la presencia francesa en esta zona.

En estos años de acción colonial occidental y de «extranjerización» en China se aceleraba la semicolonización en lo político y en lo económico. Cada vez más es un abastecedor de materias primas baratas y mercado de las potencias, sobre todo en lo que a importación de capitales occidentales se refiere, teniendo como consecuencia la creación de bancos, construcción de fábricas, etc., que implicará, al estar financiado por capital extranjero, un freno al fomento del capitalismo nacional chino. Surgirán, entonces, nuevas clases como la burguesía y el proletariado, que irán aumentando a lo largo del siglo y que tendrán gran influencia en los finales del siglo XIX y comienzos del XX.

En el capítulo sexto se estudia «La guerra chino-japonesa de 1894», entendiéndola como «el paso inevitable de la política expansionista de los militaristas japoneses» (pág. 205) después de haber realizado Japón la Revolución Meiji. Esta guerra chino-japonesa terminó con la firma, el 17 de abril de 1895, del *Tratado de Shimonoseki*, por el que Japón obtenía la cesión de Taiwán y el archipiélago de Pengju, la península de Liaotung (poco después abandonada por Japón debido a presiones de Rusia, Francia y Alemania), indemnizaciones, reconocimiento de la dominación japonesa en Corea, inversión de capitales y apertura de más puertos comerciales. Este Tratado provocará nuevos intentos anexionistas por parte de las potencias imperialistas, iniciándose la lucha por las inversiones, por las concesiones y por el reparto de zonas de influencia.

En esta vorágine imperialista por repartirse económicamente China, se inicia en este país el «Movimiento Reformista de 1898», capítulo séptimo, en un intento de evitar la catástrofe que se preveía. El movimiento de 1898 está llevado por miembros de la burguesía en un intento reformista al que, en un principio, se opondrá la dinastía Ching pero que luego acabará aceptando. Esta política de modernización a marchas forzadas duró «ciento tres días» (del 11 de junio al 21 de septiembre), y en esos días se publicaron decretos y ordenanzas cuyo contenido fue variado: modificación del sistema de exámenes imperiales, establecimiento de colegios con sistema de enseñanza europeos, construcción de ferrocarriles, revisión de las finanzas, supresión de los privilegios de la clase manchú, etc. Pero estas reformas eran úni-

camente superficiales, y el 21 de septiembre la emperatriz Tsi si dio un golpe de Estado haciéndose con el poder y acabando con la «modernización».

La derrota del Movimiento Reformista de 1898 demostró que el reformismo burgués no valía, ya que la burguesía no contaba con el apoyo de las masas y pensaba en una posible ayuda del imperialismo.

Tras el fracaso de la línea reformista burguesa se inicia «El movimiento Yiyetuan», capítulo octavo, de base popular, que tenía como lema «eliminar a los extranjeros». El origen de este movimiento tuvo tres condicionantes: agresión imperialista en China, crisis nacional y convergencia general de las luchas contra la religión extranjera. El Yiyetuan se inició en Shantung y se extendió a todo el país en menos de tres meses; estaba compuesto, principalmente, por campesinos pobres y, luego, artesanos, pobres de la ciudad, transportadores terrestres y fluviales y comerciantes ambulantes. El hecho más conocido del Yiyetuan fue el asalto al barrio de las Legaciones de Pekín en 1900. La dinastía Ching ordenó el cese de los ataques a los extranjeros y el movimiento tendrá como consecuencia la firma del *Protocolo de 1901* entre China y representantes de once países, por el que China se veía obligada a pagar indemnizaciones, a aceptar el control militar occidental en la zona de Pekín-Tientsin, establecimiento del «Barrio de las Legaciones», vedándosele la entrada a los chinos, y reorganización del Ministerio de Relaciones Exteriores.

«La Revolución de 1911» es el tema del capítulo noveno. Esta revolución fue realizada por la burguesía que había comenzado a surgir en los 1870-1880 y que a comienzos del siglo xx estaba dividida en dos ramas: la derecha, representada por Kang You-wei, compuesta de burócratas, grandes terratenientes y comerciante, y la izquierda, representada por Sun Yat-sen, comprendiendo a industriales y comerciantes medianos y pequeños, así como capitalistas medianos y pequeños. Ambos representantes aparecieron en el escenario político chino bajo la grave crisis nacional producida después de la guerra chino-japonesa de 1894. Después del movimiento Yiyetuan, la contradicción entre el imperialismo y la nación china, entre el feudalismo y las masas populares se fue agudizando cada día más. Los revolucionarios burgueses se ocuparán de dos tareas: a) crear opinión pública revolucionaria y atacar en el frente ideológico y b) dirigir el levantamiento armado en contra de la dinastía Ching. La monarquía intentó frenar el movimiento revolucionario abogando por la monarquía constitucional como el único sistema apropiado para la prosperidad de la nación y el único capaz de evitar una revolución, pero en la práctica la monarquía seguía intentando mantener su situación.

Esta actitud monárquica no debilitó las fuerzas revolucionarias, sino que provocó una mayor resistencia debido, entre otras cosas, al

enorme aumento de los impuestos; se agudizarán las contradicciones entre el gobierno y los partidarios del régimen constitucional.

Los desórdenes se iniciaron en 1910 y culminaron con el levantamiento de Wuchang o Revolución de 1911.

La Revolución de 1911 fue un movimiento revolucionario de amplitud nacional, dirigido por la burguesía nacional de China, pero en ella no existía un centro directivo, sólido y unificado, y se fue debilitando su fuerza al paso del desarrollo de la revolución. Mostraban una tendencia cada vez más explícita a interpretar la revolución como una mera acción encaminada a derrocar al gobierno Ching.

En un intento de conseguir la unidad de la Revolución, el 1 de enero de 1912 Sun Yat-Sen proclama, como presidente, la República de China. El nuevo Gobierno comenzó a instaurar el régimen democrático republicano de tipo burgués y publicó decretos en favor de la democracia y el desarrollo del capitalismo, poniendo fin a la dominación reaccionaria de la dinastía Ching.

Las potencias imperialistas intentan frenar la revolución. La burguesía era incapaz de movilizar a las masas y poco a poco se fue viendo ahogada por las presiones occidentales, en favor de las cuales estaba Yuan Shi-kai, hasta que el presidente Sun Yat-Sen tuvo que dimitir, pero intentando mantener el régimen republicano democrático-burgués fundado por la revolución. En el mensaje de renuncia ponía estas condiciones: 1) Nankín será la sede del Gobierno Provisional; 2) no dejarán de desempeñar su función el presidente y los ministros hasta que asuma el cargo su sucesor, y 3) el nuevo presidente debe observar la Constitución Provisional del Gobierno Provisional, cuyos decretos y leyes seguirán vigentes hasta una enmienda autorizada por el Senado» (pág. 389). Pero estas condiciones no se cumplieron y el hombre que tomó el poder, Yuan Shi-kai, acabó con la Revolución de 1911.

En el último capítulo, décimo, se analiza «La dominación de los caudillos militares del norte», iniciándose ésta con la dictadura de Yuan Shi-kai y que acaba con el movimiento del 4 de mayo de 1919. En estos años se producen enfrentamientos entre monarquía y republicanismismo, entre reacción y progreso, entre restauración y antirrestauración.

En agosto de 1912 se organiza el Kuomintang para enfrentarse a la dictadura (segunda revolución), pero después se transformará en un partido conciliador, hecho que será aprovechado por Yuan Shi-kai para consolidarse en el poder.

A pesar del fracaso de la Revolución de 1911 y los intentos de los demócratas por salvar la situación, surgirá un movimiento cultural importante para la posterior evolución china: el movimiento del 4 de mayo de 1919, que intentaba acabar con la vieja ideología y el confucianismo e introducir el marxismo-leninismo.

El libro contiene citas de Mao, Marx, Engels y Lenin, complementándose con un Apéndice de cronología de los acontecimientos más importantes.

El libro escrito por G. C. Allen, *Breve historia económica del Japón moderno*, Madrid, Tecnos, 1980, 294 páginas, es el resultado de un estudio sobre los asuntos económicos del Japón realizado por el autor durante su época de lector en la Nagoya Koto Shogyo Gakko, entre 1922 y 1925. El objetivo del autor ha sido describir la evolución de la economía en el período comprendido entre el momento en que Japón comenzó su carrera de occidentalización y el principio de su guerra con China en 1937, poniendo especial interés en el desarrollo industrial y financiero, así como la política económica, aunque sin descuidar otros aspectos. Al revisar el libro para una segunda edición, añadió un capítulo suplementario sobre la evolución económica japonesa en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

El primer capítulo, «La desintegración del Antiguo Régimen», analiza el cambio del Japón Tokugawa al Japón Meiji, y cómo este cambio no fue tan radical, ya que el Japón moderno heredó del antiguo ciertas instituciones políticas, sociales y económicas que adaptó al nuevo papel nacional; instituciones tales como su organización social (de tipo familiar) y, sobre todo, una Casa Imperial (la única dinastía desde sus comienzos) con atributos divinos (el emperador = hijo del sol).

Para comprender el Japón Meiji es clave ver las características políticas, económicas y sociales de la era Tokugawa. Estas características pueden resumirse así: en la cúspide de la jerarquía del poder está el emperador (Mikado), que en la era Tokugawa queda desplazado del poder por el Shogun, quien en teoría le debía lealtad, y que en los siglos XVII y XVIII está detentado por el clan de los Tokugawa, quienes organizan una dictadura militar (Bakufu). Los Tokugawa poseían una cuarta o quinta parte de la tierra y el resto está en manos de señores feudales (*daimios*) con gran autonomía en la administración de sus territorios (*han*), pero controlados por el poder central a través de un requerimiento de «asistencia alternada» (*sankin tokai*). Este requerimiento significaba la obligación de pasar algunos meses en la capital shogunal (Yedo, Tokio), mientras que la capital imperial estaba en Kyoto, y dejar retenes en ella al regresar a sus feudos.

Los retenes militares, tanto de los *daimios* como del *shogun*, estaban compuestos por la clase de los samurai, que en su origen eran agricultores con derecho a llevar armas, pero que al acabar las luchas internas en Japón se convierten en una clase parasitaria al considerar indigno trabajar. Al igual que los *daimios*, constituían una clase privilegiada aunque con diferencias de poder y riqueza.

Las clases no privilegiadas estaban integradas por: a) campesinos que constituían una gran mayoría de la población, estando sujetos a

obligaciones feudales, y *b*) comerciantes (*chonin*), que tendrán gran influencia en el momento del cambio.

El shogunato estableció un rígido sistema feudal en el interior y una política de aislamiento en el exterior que congeló las exportaciones.

El movimiento comercial en Japón, en estos momentos, estará favorecido por el propio shogunato, que con el sistema del *sankin tokai* se vio necesitado de un sistema de comunicaciones, de gran movimiento de mercancías de las provincias a Yedo y de formas altamente desarrolladas de organización financiera y comercial. Se envía arroz y otros productos a la capital con el fin de proveer a los *daimios*, éstos para comprarlos obtendrán dinero respaldados por su renta y poco a poco se irán endeudando.

Las razones del colapso del régimen Tokugawa fueron tanto internas (sublevaciones de los clanes contra los Tokugawa, pensamiento Jo-i «Reverencia al emperador», dificultades financieras, desmoronamiento de la sociedad feudal, endeudamiento de los *daimios*, influencia de los comerciantes) como externas (llegada del comodoro Perry en 1854 y firma de «Tratados desiguales»). La llegada de extranjeros desencadenó la crisis del sistema japonés y el gobierno vio la necesidad de cambios que fueron llevados a cabo, al caer la casa Tokugawa en 1868, por un nuevo emperador. La era Meiji había comenzado y, con ella, la carrera hacia el Japón moderno.

Con la nueva época se inicia la «Reconstrucción, 1868-1881», capítulo segundo. El control del Gobierno central, bajo el emperador, permaneció en manos de los principales líderes de los clanes, que acabaron con los Tokugawa y reorganizaron el país, empezando por la defensa e intentando imitar los modelos occidentales. Se reformó por decreto en todos los aspectos de la vida japonesa: abolición de los *han*, igualdad de clases sociales ante la ley, abolición de las restricciones del comercio interior, establecimiento de escuelas y universidades, fomento de las salidas de los japoneses al exterior, establecimiento del sistema postal y telegráfico, construcción de fábricas, astilleros, industrias bélicas, etc.

Este progreso y transformación no afectó a todos por igual, ya que algunas ocupaciones hubieron de ser abandonadas y gran número de trabajadores y artesanos especializados fueron despojados de su empleo.

En estos años de reconstrucción, el comercio japonés exportaba fundamentalmente seda en rama y té e importaba productos manufacturados (textiles de algodón) y bienes de capital (maquinaria, equipos para ferrocarril, municiones, etc.).

Para normalizar la situación económica se pondrán las «Bases financieras, 1881-1914», capítulo tercero, y se creará un sistema monetario estable. Se reformarán los impuestos, se economizará en la admi-

nistración, estableciéndose un sistema de banca central, según el modelo europeo, para equilibrar el presupuesto y restaurar la paridad entre el yen de plata y los billetes, con la ayuda de préstamos occidentales.

Además del Banco de Japón se crearon bancos con funciones especializadas: inversiones a largo plazo tanto en agricultura como en industria, movilización de los ahorros de las clases más pobres y manejo de las transacciones de divisas y de los negocios comerciales interiores. El más importante de estos bancos especializados fue el Yokohama Specie Bank (banco de divisas), fundado en 1880. Tanto el Banco de Japón como el Yokohama Specie Bank estaban bajo supervisión gubernamental.

Los pasos siguientes fueron la creación de organismos financieros que proporcionaran préstamos a largo plazo (Hypothec Bank of Japan) y préstamos, también a largo plazo, para la industria (Industrial Bank of Japan).

Una creación importante fue la Oficina de Depósitos del Ministerio de Hacienda (1877). Esta Oficina proporcionaba un canal para dirigir los ahorros populares hacia empresas fomentadas por el Estado (bonos, obligaciones, etc.).

Los cambios en la vida económica, en cuanto a «Agricultura, seda en rama e industrias textiles, 1881-1914», que se estudian en el capítulo cuarto, fueron pequeños. Algunas industrias fueron afectadas por el cambio, pero, en líneas generales, siguió las mismas directrices que en la época Tokugawa. Las innovaciones pueden ser atribuidas a la política gubernamental de crear aquellas instituciones e industrias no típicas del país que se considerasen necesarias para el podería nacional. La economía japonesa vino a tener un carácter dual: agricultura campesina e industrias de manufactura a pequeña escala y una superestructura de empresas en gran escala por fomento oficial. Se produce una modernización y un incremento de la producción en todos los sectores.

En cuanto a las «Industrias pesadas, navegación y comercio exterior, 1881-1914», capítulo quinto, el avance en las primeras fue más lento, al no tener materias primas (hierro, carbón) y necesitar técnicas más especializadas. La industria pesada estuvo controlada y favorecida por el Gobierno, que se encargó asimismo de fomentar la construcción de comunicaciones en el interior y de la marina en el exterior (de buques de cabotaje a grandes barcos, basándose en técnicas y personal europeo). En cuanto al comercio exterior, creció considerablemente a partir de 1890, siendo las principales exportaciones: seda en rama, té y arroz.

«La Primera Guerra Mundial y la década de posguerra», capítulo sexto, coincide con una nueva era en Japón, la era Taisho, 1912-1926,

que se caracterizó, en un primer momento, por un auge industrial y financiero: apertura de mercados, peticiones de municiones y barcos, establecimiento de nuevas empresas y ampliación de las existentes. Este auge llegó hasta 1920, en que se produjo una crisis financiera que se continuó con la Gran Depresión, a pesar de los intentos del Gobierno japonés por salvar la situación, reorganización bancaria y aumento de exportaciones.

A pesar de esta crisis, la «Industria y agricultura, 1914-1932», capítulo séptimo, progresaron, aunque no de una manera regular. El incremento se produjo en la producción de materias primas (pesca, capullos de seda) y bienes manufacturados (lana y estambre, químicas).

En la agricultura el cultivo principal siguió siendo el arroz, seguido por el trigo y la cebada, mejorados todos con la utilización de abonos.

El capítulo octavo trata sobre la «Política económica y los *Zaibatsu*, 1914-1932». El Gobierno japonés desempeñó un papel importante en el establecimiento de las bases de una rápida industrialización y en la iniciación y apoyo de industrias y servicios necesarios para conseguir sus objetivos económicos y políticos. Empresas estatales eran, principalmente, ferrocarriles, hierro, acero, sal y tabaco y, aparte de éstas, el Estado suministra capital, bien directamente, bien por bancos especializados, a otras que considera fundamentales. Otro aspecto económico importante del Japón moderno son los *Zaibatsu*, es decir, grandes casas de negocios con intereses extremadamente extendidos (minería, metales, ingeniería, mecánica, aparatos y maquinaria eléctrica, textiles, papel, cemento, vidrio, productos químicos, construcción de barcos, navegación, comercio exterior e interior, banca y seguros). Los cuatro *zaibatsu* más importante eran: Mitsui, Mitsubishi, Sumitomo y Yasuda, que jugaron un papel importante en los años veinte y su influencia no sólo fue económica, sino también política en una alianza con el Gobierno.

La influencia militarista en la política va a producir una «Nueva inflación y preparación para la guerra, 1932-1937», capítulo noveno. El Gobierno propondrá una política de «pleno empleo» que supondrá un aumento del gasto del Gobierno, financiado por empréstitos y condiciones fáciles de crédito. Los gastos se dirigieron principalmente a armamento, debido a los compromisos en Manchuria. En 1937 los recursos japoneses estaban empleados por completo y todo crecimiento posterior de la industria armamentística se tendría que efectuar a expensas de la producción civil y del comercio exterior normal.

En el capítulo décimo se analizan los «Desarrollos industriales después de la Depresión Mundial, 1932-1937». Antes de 1937 se produce un incremento en las exportaciones de productos manufacturados y, además, en este año se aprecia un cambio en el curso de las actividades industriales. Los cambios principales consistieron en un descenso

relativamente fuerte de la importancia de los textiles y en la pujanza de los grupos del metal, ingeniería y químico, acompañado todo ello de importantes mejoras técnicas.

En cuanto a la política seguida por el Gobierno fue de control de la política de los industriales y de apoyo a los cárteles.

Se produce, en esta época, un cambio en las exportaciones (bienes manufacturados en vez de seda en rama) y en las importaciones (incremento de materias primas textiles y bienes semimanufacturados, como lingotes de hierro, chatarra, etc.) que presagiaban una entrada en guerra.

A estos capítulos primitivos del libro se añade uno nuevo sobre «Recuperación económica y expansión, 1945-1970». Después de la Segunda Guerra Mundial se inició la recuperación de la vida japonesa, casi destruida totalmente durante el conflicto. Se realizan cambios en todos los sectores siguiendo una serie de planes: cambios estructurales en la industria, en el comercio exterior, en la política económica y su relación con los *zaibatsu*, toman auge las organizaciones de trabajadores, se realiza una reforma agraria, el Gobierno adopta nuevas funciones económicas. Toda esta recuperación se basa en factores externos, como la contribución americana, la guerra de Corea y una reanimación de las exportaciones, y en factores internos, como la cohesión social y moral para sobrevivir tanto a la derrota como a los cambios tecnológicos.

El libro se complementa con un glosario de términos japoneses y una serie de tablas estadísticas, treinta y seis, sobre todos los aspectos de la vida y evolución japonesa. Por último, el libro cuenta con una bibliografía general y otra por aspectos: la primera está compuesta por fuentes estadísticas para el período anterior a 1937 y la segunda se refiere al período Tokugawa y los primeros años Meiji (capítulos I y II); dinero, banca y finanzas (capítulos III, VI y IX); desarrollo industrial y agrícola (capítulos IV, V, VII y IX); organización y política económica (capítulos VIII, IX y X); comercio exterior y política comercial (capítulos V, VI, VIII y X), y una Miscelánea. Hay también una bibliografía para el capítulo suplementario, como fuentes estadísticas y otras publicaciones.

El libro, que incluye una serie de ensayos históricos, recopilados por Bipan Chandra, en memoria de los intelectuales más estimulantes e innovadores de la India, el profesor Prodyot Mukherjee, quien participó activamente en el esfuerzo de la nueva generación de historiadores indios de la postindependencia para dar nuevas direcciones a la investigación histórica, titulada *Hacia una nueva historia de la India*, México, El Colegio de México, 1982, 251 páginas, plantea, en líneas generales, la nueva historia que se escribe en la India desde la independencia que está caracterizada por los siguientes rasgos:

a) Los nuevos historiadores están vinculados con el mundo que les rodea, por ello les interesa sobre todo comprender las raíces históricas del actual subdesarrollo económico, social y cultural que se encuentran en las sociedades precolonial y colonial. Las otras preocupaciones de los historiadores contemporáneos indios son la integración nacional, la desigualdad económica y social, el desarrollo de la democracia y las libertades civiles, además de las luchas de las tribus, las castas inferiores, las mujeres, la masa de campesinos y obreros, para lograr cierto grado de justicia social y bienestar económico.

b) Los nuevos historiadores ponen el énfasis en el estudio de la sociedad global. El objetivo es siempre comprender el sistema y la organización social como un todo. Tratan de analizar las tensiones sociales y su resolución, los estudios del desarrollo social, los cambios sociales básicos, cuando ocurren, y, sobre todo, los cambios de un sistema social a otro o el fracaso de un sistema social para emprender estos cambios.

c) Si bien los nuevos historiadores indios no descuidan el estudio de las clases dirigentes, gran parte de su obra se dedica al estudio del papel de la gente común en el hacer histórico y de su existencia cotidiana.

d) La nueva generación somete su práctica a un crítico y permanente examen teórico. Tratan de comprender lo que hace el historiador, cómo lo hace y por qué lo hace. Intentan aumentar su capacidad para plantear más y mejores interrogantes y para proponer más nuevas y amplias conexiones. Igualmente, los nuevos historiadores han prestado gran atención al desarrollo de la historiografía y el método histórico como ramas principales de su disciplina.

En síntesis: el nuevo historiador indio está ampliando constantemente su mirada y aumentando su habilidad para alcanzar y asir un círculo cada vez más amplio de la realidad, para hacer interconexiones cada vez más complejas y para forjar una cadena de causas y efectos, más larga y sólida, que permita comprender la mayor cantidad posible de estratos sociales, que expliquen sistemas y estructuras.

Diez son los trabajos incluidos en este libro. El primero, cuyo autor es Ram Sharan Sharma, versa sobre los «Cambios sociales en la India a comienzos de la Edad Media (c. 500-1200)». Según el análisis realizado por el autor, se muestra que la sociedad preislámica de la India septentrional sufrió algunos cambios importantes. La desigual distribución de la tierra y del poder militar creó jerarquías feudales que pasaron a través de las consideraciones de *varna*, especialmente a los niveles más altos e instruidos. La frecuencia de las concesiones y reparto de tierras hizo nacer y crecer una nueva clase ilustrada, la de los Kāyasthas, cuyo lugar en el sistema de *varnas* no podía defi-

nirse con claridad. El sistema de varnas se modificó también por la transformación de los sudras en labradores y porque se relegó a los vaisias a la posición de los sudras, lo que trajo como consecuencias que el orden brahmánico recientemente creado en Bengala y la India meridional se concentrara sobre todo en los brahmanes y sudras. El desarrollo más llamativo fue la proliferación de castas. El número de castas mixtas aumentó de forma rápida y las castas intocables se incrementaron enormemente. Esos cambios sociales pueden entenderse dentro de un fuerte sentido de localismo feudal fomentado por unidades económicas cerradas, basadas sobre una intensa preocupación por la tierra, y en el contexto de la absorción de tribus en el complejo brahmánico a través de las conquistas y las concesiones de tierras a los brahmanes.

En el segundo estudio, Romila Thapar analiza la «Ética, religión y protesta social en el primer milenio antes de Cristo, en el norte de la India», en un intento de realizar la anatomía histórica de este período y de señalar los procesos intelectuales que dieron legitimidad a los patrones de pensamiento que fueron el embrión de la evolución de lo que se llamó, en siglos posteriores, el *ethos* indio. El enfoque se concentra en el budismo, visto no solamente como la enseñanza de un solo individuo, sino más bien como una respuesta más amplia a una doctrina particular y como una reacción al medio cambiante con el cual está asociado. Según R. Thapar, el budismo tocó levemente el problema de protesta social, limitándose a proveer el estímulo y justificación intelectuales para la formación de una nueva minoría. Históricamente, el budismo, en el primer milenio antes de Cristo, tuvo como misión actuar de catalizador en muchas partes de Asia.

«Algunos aspectos del desarrollo de una economía monetaria en la India en el siglo XVII» es el tercer trabajo, comprendido en este libro, siendo su autor Satish Chandra. Para el autor, dos acontecimientos principales determinaron la evolución de la sociedad india durante el siglo XVII: el surgimiento y consolidación, en su territorio, de un imperio poderoso y centralizado: el imperio mogol; el segundo factor fue que se establecieron agencias comerciales europeas (factorías) en varias ciudades, puertos y centros del interior, y la India se vinculó con los mercados europeos.

Ambos factores incidieron en la tendencia hacia el crecimiento de una economía monetaria. Esta tendencia se vio obstaculizada por varios factores tales como el sistema de castas, que interponía una formidable barrera a la movilidad social. También la sociedad aldeana mostró un increíble poder de resistencia, pues las pequeñas artesanías aldeanas sobrevivieron hasta avanzado el siglo XX, a pesar de la competencia de los artículos industriales más baratos y del desfavorable sistema legal y político impuesto por la dominación británica.

Irfan Habib estudia las «Posibilidades de desarrollo capitalista de la economía de la India mogol». La investigación realizada demuestra que si bien algunos factores, como el ambiente político y las castas, no fueron tan eficaces para impedir la expansión comercial, tampoco aparecieron elementos capaces de generar activamente el capitalismo. En la medida en que el capital, confinado prácticamente a la esfera del comercio, no logró desarrollar ninguna base independiente para sí mismo, su fortuna quedó ligada a la de la clase dirigente mogol, y, después de la liquidación de ésta, a la de las otras clases que imitaban o habían heredado los métodos e instituciones de aquélla. Y durante el siglo XVIII, al verse privado del amplio mercado que había poseído durante el Imperio mogol, el capital mercantil no tuvo otra opción que la atrofia.

El quinto trabajo, cuyo autor es Harbans Mukhia, versa sobre «Exacciones ilegales a los campesinos, artesanos y siervos en el Rajasthan oriental, en el siglo XVIII». Como el título indica, se intenta examinar las exacciones ilegales que los grupos dominantes, es decir, los jagirdars, zamindars, ijaradars (granjeros rentistas) y funcionarios oficiales, como los amils y los faujards, imponían a los campesinos, siervos de aldea y artesanos con los cuales estaban en contacto directo. El término «ilegal» implica que esas exacciones contravenían las costumbres aceptadas por las víctimas y por el Estado, y podían consistir en trabajos forzados o en la incautación de los bueyes de los campesinos en sus lugares de trabajo, o en la extracción sin pago de los bienes fabricados por los artesanos, o en cualquier otra exigencia. De manera incidental, también se esclarecen las formas «ilegales» del trabajo forzado y de las otras obligaciones que los sectores más bajos de la aldea debían prestar a los grupos dominantes. Estas exacciones se vieron favorecidas por el relajamiento del control central dentro del Estado, que produjo una localización de la autoridad.

S. Bhattacharya estudia las «Fábricas de algodón y telares manuales. Swadeshi y la clase capitalista india, 1920-1922». El objetivo de este trabajo es el de explorar las bases económicas del respaldo social que las ideas de Swadeshi y el boicot recibieron por parte de algunos sectores de la burguesía india, particularmente de los comerciantes y los capitalistas industriales, durante el movimiento de no cooperación. El programa Swadeshi y el boicot de 1921 constituyeron un importante esfuerzo por romper el nexo colonial-metropolitano, no obstante lo limitado de su perspectiva, ya que se redujo primordialmente al algodón y, por lo tanto, redujo también sus resultados. En tal sentido, contó con el apoyo de la burguesía india, así como de las masas.

El boicot no tenía el mismo significado para todos, los comerciantes, los pequeños comerciantes, el propietario de telares de algodón, el consumidor indio; pero dejando a un lado los pros y los contras de

la mentalidad burguesa de cortos plazos a largos plazos, tenía una perspectiva antiimperialista.

El séptimo trabajo versa sobre «La clase capitalista india y el imperialismo antes de 1947», y es su autor Bipan Chandra. Las relaciones entre la clase capitalista india y el imperialismo evolucionaron en la India en la época en que se desarrolló una lucha poderosa contra el imperialismo. En ningún momento, desde su comienzo hasta sus últimos desarrollos, fue la clase capitalista el elemento motor detrás de esa lucha o de su militancia. Esta clase tuvo que determinar continuamente su actitud hacia un movimiento que surgía y se desarrollaba autónomamente. La hipótesis básica de este trabajo es que la clase capitalista india desarrolló una contradicción a largo plazo con el imperialismo, manteniendo al mismo tiempo una relación de dependencia a corto plazo y de acomodación con él.

S. Gopal trata de examinar «La ideología formativa de Jawaharlal Nehru» antes de 1947 y que tuvo gran influencia sobre su actuación de los años posteriores, cuando ya podía ejercer cierta autoridad. Su formación ideológica antes de 1947 hizo, según S. Gopal, de Nehru un marxista que rechazaba la reglamentación; un socialista totalmente comprometido con las libertades civiles; un radical que aceptaba la no violencia; un estadista internacional totalmente dedicado a la India, y, sobre todo, un líder convencido.

K. N. Panikkar analiza las «Insurrecciones campesinas en Malabar, en los siglos XIX y XX» en el penúltimo trabajo incluido en este volumen. Los detalles de muchas de estas insurrecciones permanecen ocultos en los registros oficiales del Gobierno británico bajo títulos más bien engañosos, como disturbios religiosos, motines comunales, altercados fanáticos, etc. Algunas de estas insurrecciones, aunque básicamente agrarias por su carácter, asumieron dimensiones comunales debido a que la tierra estaba controlada por el grupo religioso dominante. En tales casos, faltando una conciencia de clase y una dirección propia, las influencias ideológicas de la religión suministraban la fuerza moral y la justificación necesarias para luchar contra la opresión y la explotación. La insurrección del campesinado mappila de Malabar durante los siglos XIX y XX es un buen ejemplo de este fenómeno.

El último trabajo está redactado por Sumit Sarkar y versa sobre «La lógica del nacionalismo gandhista: un estudio del Pacto Gandhi-Irwin (marzo de 1931)», un pacto definido por J. Nehru con estas palabras: «Es el camino del fin del mundo, no con un puñetazo, sino con un gemido.» Las tesis básicas del trabajo son: en primer lugar, el cambio de actitud de Gandhi en 1930-1931 y las influencias que se ejercieron sobre él, y, en segundo lugar, las fuerzas sociales que actuaron en el movimiento de desobediencia civil que ayudarían a explicar estos cambios y presiones. De esos dos niveles de análisis surge,

como tema central, que grupos burgueses bien caracterizados desempeñaron un papel muy destacado, tanto dotando al movimiento de su poder de ataque inicial como, más tarde, organizando la retirada. Un segundo rasgo decisivo fue la extensión del movimiento a sectores considerables del campesinado, que si bien tenían la mayor importancia desde el punto de vista cuantitativo, desde el punto de vista político seguían, sin embargo, subordinados, pues la burguesía demostró tener la suficiente habilidad como para no crear descontento popular y conservar el control. Hacia finales de 1930 estaba surgiendo una contradicción en el seno de la desobediencia civil: se estaban debilitando algunas formas de lucha que la burguesía o sus aliados dependientes controlaban más estrechamente (por ejemplo, el boicot urbano, o el movimiento antiimpuesto de los partidarios de Gujarat), mientras era posible que se fortalecieran otras formas menos manejables (como el movimiento antirrenta). En ese momento la presión burguesa en favor de un compromiso se volvió irresistible y, faltando una alternativa coherente de la riqueza, el puñetazo se convirtió en gemido.